

Con humilde gratitud y alegría ¡Abramos las puertas de nuestra cultura para Cristo!

*Solemne Liturgia de la Memoria Agradecida
Bicentenario de la Nación en la Pontificia Universidad Católica de Chile
Inicio de la Misión Interna
1° de Octubre de 2010*

(Lecturas: 1 Cor 1, 3-9. Salmo 138, 1-5. Lc 17, 11-19)

El relato del Evangelio que ha sido proclamado en esta Solemne Liturgia es elocuente. El sufrimiento de los diez leprosos es indescriptible. No sólo por su enfermedad que los destruye, sino también por la marginación de la comunidad. Eran impuros. No podían acercarse a la vida, la cordialidad y la alegría de su propio pueblo y de sus familias. Si bien querían conocer a Jesús y estar cerca de Él, por su desgracia se mantuvieron a distancia. Pero su fe en Él los impulsaba a gritarle al Maestro. Conmovedora escena. “¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!”

Los diez sanaron; fueron purificados por la palabra del Maestro al que habían recurrido. Lo percibieron así cuando iban a presentarse a los sacerdotes para que su curación quedase atestiguada. Uno de ellos, tan sólo uno, al comprobar que estaba curado, volvió atrás, alabando a Dios en voz alta, y se arrojó a los pies de Jesús rostro en tierra, dándole gracias. No pertenecía al pueblo de Israel. Era un samaritano. Nuevamente quedó en claro que se pasa a pertenecer al Pueblo de Dios no por una razón étnica, sino por la gracia y por la fe. Los otros nueve siguieron su camino, con el don de la curación entre sus manos, felices de haberlo recibido. Sólo uno regresó a la presencia de Aquél que le había otorgado ese don que le regalaba una nueva vida. Sólo uno quiso atar su existencia de inmediato con quién es el origen de todo bien, con su corazón lleno, no sólo de alegría, sino sobre todo, de gratitud. Sólo uno tuvo el coraje de llegar a la fuente de la vida. Para él se abrieron las puertas del discipulado.

Es la misma enseñanza de Pablo a los cristianos de Corinto: “No dejen de dar gracias a Dios por ustedes, por la gracia que él les ha concedido en Cristo Jesús.” Y como un eco al hermoso testimonio de Pablo hemos hecho nuestras las palabras del salmo responsorial: “Te doy gracias, Señor, de todo corazón, te cantaré en presencia de los santos (...) Daré gracias a tu

nombre por tu amor y fidelidad, porque tu promesa ha superado tu renombre”.

Así son los sentimientos de profunda alabanza a Dios que embargan nuestro corazón esta mañana, haciendo memoria agradecida por nuestra Universidad en el contexto del Bicentenario de nuestra Patria y del renovado impulso de la Misión evangelizadora de la Iglesia para transformar la cultura en todo nuestro continente: “Te doy gracias, Señor, de todo corazón”. Te agradecemos, porque tu promesa, la que fue acogida hace 122 años por nuestro fundador y primer Rector, Mons. Joaquín Larraín Gandarillas, ha superado tu renombre. Así lo hemos comprobado en el crecimiento y la vida de la Universidad, en el valor de sus investigaciones y su docencia, en las actividades académicas, pastorales y extra-programáticas, las que han extendido nuestro saber y tu sabiduría, en todas las iniciativas que han manifiestan el amor a Dios, a la Patria y a la Universidad. Hemos sido bendecidos con sobreabundantes gracias, en especial por la formación de personas y el servicio a la sociedad y a la Iglesia. El cumplimiento de tu promesa realmente ha superado tu renombre.

Don Ignacio Sánchez, nuestro Rector, nos ha recordado los abundantes dones que han brotado del Corazón de Jesús a lo largo de los años. También los ha traído a nuestra memoria la presentación audiovisual que fue preparada para esta celebración. Por todos ellos hacemos memoria agradecida. Es una tarea comunitaria y permanente hacer esta memoria y arrodillarnos a los pies de Jesús, para adorarlo y alabarlo, como lo hicieron los sabios venidos de Oriente en Belén, y el leproso samaritano del relato evangélico.

Sin embargo, nuestra gratitud no puede quedarse en palabras. Volver a la presencia de Jesucristo, permanecer en su amor y colaborar con Él en su misión, son las mejores expresiones de nuestra gratitud. Por eso, en medio de las celebraciones del Bicentenario nos abocamos a la obra que tenemos por delante. Llenos de gratitud, queremos cumplir juntos la misión de la Universidad en nuestra Patria, como colaboradores del Espíritu que hace nuevas todas las cosas. Para hacerlo como discípulos misioneros de Jesucristo vamos a impulsar, en comunión con Dios y entre nosotros, la Misión interna de la Universidad, que preparamos como parte de la Misión Continental a la luz de las orientaciones de Aparecida, es decir, basados en el encuentro vivo y transformador con Cristo.

1. LA MISIÓN DE NUESTRA UNIVERSIDAD

En esta oportunidad conviene que iniciemos esta reflexión recordando la misión de nuestra Universidad, y teniendo presente que toda “Universidad Católica, *en cuanto Universidad*, es una comunidad académica que, de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales” (ECE 12).

Esta descripción que nos entregó hace ya 20 años el Papa Juan Pablo II en la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, muestra las dimensiones sorprendentes que son propias de una Universidad Católica. Por una parte, la revelación enriquece la visión de la dignidad humana, ya que la presenta desde el corazón y la sabiduría creadora de Dios y desde nuestra admirable dignidad en Jesucristo por obra de la redención. Por otra parte, su identidad católica le confiere a nuestra Universidad una misión muy noble, al proponerle que tutele y desarrolle la herencia cultural de nuestro pueblo, que está compenetrada por el Evangelio.

Las dos perspectivas manifiestan lo que es más propio y específico de la identidad de una Universidad Católica, en el concierto general de las universidades. Realiza su tarea, ofreciendo una aportación insustituible al cumplimiento de la misión de la Iglesia, y la ejecuta inspirada por la Buena Noticia, y a la luz del mensaje cristiano. Esto significa, por tanto, que “los ideales, las actitudes y los principios católicos penetran y conforman las actividades universitarias según la naturaleza y autonomía propias de tales actividades” (ECE 14). Con estas coordenadas una universidad que se defina como católica ha de ser simultáneamente una comunidad de estudiosos y una institución académica, “que tiene el gozo de buscar la verdad, descubrirla y comunicarla” “como signo vivo y prometedor de la fecundidad de la inteligencia cristiana en el corazón de la cultura” (*Ibid.* 1s).

2. EN ESTADO DE MISIÓN PERMANENTE

Al iniciar la Misión interna de la Universidad, recordando con gratitud la conducción de Dios en nuestra historia, para llegar con el Evangelio al

corazón de nuestra propia cultura, es oportuno que recordemos esa iniciativa de toda la Iglesia en América Latina, que hemos acogido con entusiasmo en nuestro país, y que ilumina, en el contexto de la necesaria y fecunda comunión eclesial, nuestra propia misión universitaria, sus propósitos y sus caminos: que recordemos la Misión Continental.

Si integramos sus contenidos, podemos decir que la Misión Continental, y con ella también nuestra misión, proponen una meta, un proyecto en su horizonte, un punto de partida y un cauce. En primer lugar **una meta clara**: una Iglesia en que todos sus miembros sean misioneros, y sus comunidades y organizaciones -también nuestra Universidad- sean casas y escuelas de misioneros, donde vivan la comunión, se formen, y salgan enviados en misión permanente. Esta meta persigue **un proyecto de gran riqueza**: la vida en Cristo de nuestros pueblos. Además tiene **un punto de partida**: el encuentro con Jesucristo vivo, tanto al inicio del proceso como en todo momento. Conforme a esa “síntesis única del método cristiano” (DA 244) que Aparecida redescubrió a orillas del Jordán, el encuentro comienza con la pregunta del Señor: “¿Qué buscan?” y continúa con ese memorable diálogo “¿Dónde moras?” – “Vengan y lo verán”. Finalmente, tiene **un cauce**: ser discípulos misioneros y formar discípulos misioneros de Jesucristo en la comunión de la Iglesia, programa de conversión personal, comunitaria y pastoral que nos incluye a todos nosotros: laicos –hombres y mujeres-, religiosos y religiosas, diáconos, sacerdotes y obispos.

3. DESDE EL ENCUENTRO CON JESUCRISTO, LA MISIÓN SERÁ UNA ESCUELA DE DISCÍPULOS MISIONEROS

¿Qué nos propone en este tiempo el Espíritu Santo para llevar a cabo la Misión? El documento de Aparecida nos invita a “mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo. No tenemos otro tesoro que éste” (DA 14).

Aparecida se centra en el sujeto que realizará las metas propuestas por las Conferencias de Medellín, de Puebla y de Santo Domingo, en el sujeto que realizará la promoción humana, que gestará una cultura cristiana, y que realizará de manera consecuente la opción preferencial

por los pobres. Se centra en el universitario que realizará esos proyectos de Dios. Y en el sujeto, su identidad cristiana, discípulo misionero de Jesucristo, es el elemento fundamental. Todos los bautizados estamos llamados a ser discípulos misioneros de Jesucristo, y como tales, ser testigos del amor de Dios, manifestado en la vida, muerte y resurrección de Cristo, y en la nueva vida de la Iglesia, de los santos y de nuestros hermanos, compartiendo la cruz y el amor del Señor. No olvidamos que somos discípulos misioneros suyos porque Él salió a nuestro encuentro y nos eligió. Ese encuentro comprometido con Él le da a nuestra existencia su orientación definitiva (ver DA 243).

¿Cómo no ver entonces en el encuentro con Jesucristo el origen de nuestra conversión, el germen más fecundo y poderoso para la transformación de nuestra vida y de nuestra sociedad? Por eso, **el primer objetivo de la Misión Continental** y de nuestra misión interna no puede ser otro que **conducir al encuentro con Jesucristo vivo, y por eso, a los lugares de encuentro con Él.**

No se trata de un encuentro cualquiera, superficial, de paso, como con un lejano o un extraño. Y aquí consignamos uno de los principales desafíos de nuestra Misión: suscitar un encuentro tan personal y profundo con Jesucristo, que impacte, conmueva, renueve y vitalice a quienes se acercan a su persona y a su misión, de modo que vivan la alianza que Él selló con cada uno de nosotros, amándonos hasta el extremo: la alianza de amor y de paz. Sólo desde este fundamento se podrá transformar la cultura.

La Misión ha de presentar entonces la persona, las palabras, las acciones y la misión de Cristo con toda su verdad, su belleza, su poder y su bondad, como Amén del Padre a las promesas de Dios (ver 2 Co 1, 20), como fuente de agua viva para nuestras búsquedas. De ahí surge el atractivo del testimonio, la generosidad de las iniciativas y el ardor misionero. Buscamos, en último término, abrirle espacio, con la gracia de Dios, al 'protagonismo del Espíritu', ya que nuestra unión con Cristo es obra suya; también nuestra conversión en discípulos misioneros, y la renovación de la cultura y de la sociedad.

El Santo Padre en su primera encíclica nos ha dicho que: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por **el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva**” (Benedicto XVI, DCE 1). Y

es así. Más allá de las cosas, más allá de los tiempos, hay Alguien, el Hijo de Dios, que quiso ser parte de la humanidad, pasarse a este lado de la realidad, introducirse así en nuestra historia para dar sentido pleno a la vida de cada uno y a la vida de nuestro pueblo. Con Él queremos encontrarnos.

Por acercarnos a Él, tenemos acceso a **un nuevo modo de escuchar y de vivir**. Quien con asombro y gratitud se pone a los pies del Maestro, no puede querer otra cosa que no sea tener sus mismos sentimientos y beber de su sabiduría para asemejarse a Él, haciéndola realidad en su propia vida y en su medio. En el verdadero discipulado está el único remedio contra la incoherencia de vida que tantas veces puede asaltar la existencia de todo cristiano.

Como podemos constatarlo, la misión no se limita a un programa o proyecto, no es un mero anuncio, es una respuesta. **Los enviados han de conocer y comprender las profundas búsquedas que mueven a los miembros de la comunidad universitaria, y ayudarlos a encontrar la respuesta que anhelan, compartiendo y dando testimonio de la experiencia que ha llenado de sentido, gozo y dinamismo sus vidas, la del encuentro con Cristo** (ver DA 145). El discípulo no se contenta con aprender y memorizar la sabiduría del maestro. Y la acción misionera no consiste simplemente en informar sobre datos ‘cristianos’, si bien muy verdaderos. Ser misionero consiste, en primer lugar, en comunicar, en compartir la experiencia gozosa y comprometedora del encuentro con Cristo. Por eso el gran método cristiano será siempre conquistar no haciendo proselitismo, sino conquistar por atracción¹ e irradiación, por “desborde de gratitud y alegría” (DA 14, 145, 364, 549).

4. CUANDO LOS DESTINATARIOS SON CONSTRUCTORES DE LA SOCIEDAD

En nuestro caso, es una misión para constructores de la sociedad. Por eso la misión universitaria que iniciamos, quiere proponer con mucha convicción que **el campo específico de la actividad evangelizadora laical** es el vasto y complejo mundo del trabajo, la cultura, las ciencias y las artes, la política, los medios de comunicación y la economía, así como los ámbitos

¹ ver Benedicto XVI, homilía del 13.05.07

de la familia, la educación, la vida profesional, sobre todo en los contextos donde la Iglesia se hace presente principalmente o únicamente a través de sus fieles laicos (ver DA 210, LG 31.33; ver GS 43; AA 2). Y una de las dimensiones innegables del carácter misionero de esta actividad evangelizadora reside en el propio testimonio personal, sin temor a declararse cristiano y a compartir la fe; tampoco a tomar en conciencia, ante Dios, las decisiones y a emprender las iniciativas que la investigación, la docencia y el servicio profesional a la vida en Cristo de nuestro pueblo espera de cada uno.

Para ello hemos de tener presente que la realidad no son sólo los bienes materiales, ni sólo los datos y las conclusiones de las ciencias positivas; tampoco únicamente los problemas sociales, económicos y políticos (ver DI 3). Nos cabe mirar la realidad, como nos propuso el Santo Padre en Aparecida, **no de manera indiferente, como observadores neutrales, sino como creyentes, desde el corazón de Dios.** En lo que es real encontramos en primer lugar a Dios, la realidad fundante, a Él y sus obras. Hallamos además las huellas de la colaboración del ser humano con su Maestro y Señor, como asimismo la acción del príncipe de las tinieblas y de sus cómplices. Encontrar al Creador y al Redentor en el trabajo investigador y en la vida cotidiana, nos pide acercarnos a la realidad no sólo con la intención de transformarla, sino, antes aún, con la decisión de adorar, alabar y agradecer a Dios, ofreciéndole toda nuestra colaboración donde Él trabaja y construye.

Así podemos constatar que **nuestra responsabilidad por la cultura se encamina en dirección opuesta a la decadencia cultural de muchos países europeos**, que pretenden fundar sobre la base de consensos, que se condensan y diluyen como las nubes, y como si Dios no existiera, su vida, su ordenamiento ético e institucional, y sus expresiones educacionales y culturales. El Santo Padre ha reflexionado durante largos años sobre esta crisis, la más profunda crisis cultural de Occidente. Poco antes de su elección, en un discurso en Subiaco, el Cardenal Joseph Ratzinger afirmaba: “El intento, llevado hasta el extremo, de plasmar las cosas humanas menospreciando completamente a Dios, nos lleva cada vez más a los límites del abismo, al encerramiento total del hombre”. Es una aberración que relativiza totalmente la ética y el ordenamiento de las naciones.

Junto a la búsqueda de la verdad y a su enseñanza, nos dice Aparecida, la “misión propia y específica de los fieles laicos se realiza en el mundo, de tal modo que, con su testimonio y su actividad, contribuyan a la transformación de las realidades y la creación de estructuras justas según los criterios del Evangelio, y además tienen el deber de hacer creíble la fe que profesan, mostrando autenticidad y coherencia en su conducta” (DA 210). Pero no por eso pierden la misión común de todos los bautizados de colaborar en la edificación de la Iglesia y en su encargo misionero. En efecto, “también están llamados a participar en la acción pastoral de la Iglesia, (...) con acciones en el campo de la evangelización, la vida litúrgica y otras formas de apostolado según las necesidades locales bajo la guía de sus pastores. (...)” ¡Con cuanta gratitud, agregamos nosotros, recordamos las misiones y todas las iniciativas de la pastoral, sobre todo en estos últimos años! “A los catequistas, delegados de la Palabra y animadores de comunidades, -y nosotros agregaríamos a los misioneros- que cumplen una magnífica labor dentro de la Iglesia², les reconocemos y animamos a continuar el compromiso que adquirieron en el bautismo y en la confirmación” (DA 211). Por eso, cuando toda la Iglesia en América Latina y El Caribe quiere ponerse en estado de misión, “la evangelización del Continente, (como) nos decía el papa Juan Pablo II, no puede realizarse hoy sin la colaboración de los fieles laicos³. **Ellos han de ser parte activa y creativa en la elaboración y ejecución de proyectos pastorales a favor de la comunidad.** Esto exige, de parte de los pastores, -lo dicen ellos mismos- una mayor apertura de mentalidad para que entiendan y acojan el “ser” y el “hacer” del laico en la Iglesia, quien por su bautismo y su confirmación, es discípulo y misionero de Jesucristo. En otras palabras, es necesario que el laico sea tenido muy en cuenta con un espíritu de comunión y participación⁴” (DA 213).

Para concluir, intentemos una breve recapitulación. La gratitud es una profunda actitud evangélica, que permite una fecunda colaboración con su plan de salvación. En este tiempo del Bicentenario de Chile, hemos querido agradecer el aporte, por más de 120 años, de la Universidad Católica al desarrollo integral de la Patria, y comprometernos nuevamente con ella. Nuestra misión es permanente, no se agota.

² ver LG 31.33; GS 43; AA 2

³ ver EAm 44

⁴ ver PG 11

Ante todo, ella brota del encuentro personal con Jesucristo que nos convierte en discípulos misioneros suyos, que quieren transformar la cultura y las estructuras de la sociedad con los criterios del Evangelio. La conversión personal a Cristo tiene el dinamismo necesario para que la fe se haga cultura, forma de vida.

Para avivar nuestro compromiso queremos iniciar una misión interna durante este mes, y pedir al Señor de la historia que estemos a la altura de las circunstancias. Queremos estar disponibles al protagonismo del Espíritu en comunión con los pastores, a partir de los Sacramentos de la Iniciación Cristiana (el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía), que configuran la identidad de los laicos y su tarea en la Iglesia y en el mundo.

Se lo pedimos a nuestra querida Madre, Sede de la Sabiduría, Nuestra Señora del Carmen, Virgen peregrina y misionera que recorre nuestra Patria y su historia. En su escuela queremos prender a acoger y asimilar el Evangelio de su Hijo, y a anunciarlo con ardor misionero a comienzos de este siglo, para que nuestros pueblos tengan en Él no sólo oportunidades, sino más allá, vida –vida familiar, vida personal, vida académica, vida cultural y comunitaria- vida en abundancia.